



La retórica en cuestión

Nicolás Garayalde¹

Universidad Nacional de Córdoba
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
negarayalde@gmail.com

Resumen: Este ensayo se origina en una lectura del libro *Barthes en cuestión*, que incluye un artículo de Paul de Man a propósito del pensamiento barthesiano y otro de Judith Podlubne a propósito de la lectura demaniana de Barthes. A partir de allí, procuro continuar pensando las tensiones entre Barthes y de Man a partir de la siguiente hipótesis: la historia de la teoría literaria es la historia de una auto-impugnación de sus fundamentos ante al reconocimiento de la falta de correspondencia entre el signo y la cosa; reconocimiento que abrió camino a una incesante interacción entre la teoría de la lectura y el retorno de la retórica —abandonada en el siglo XIX—. En este marco, las diferencias entre Barthes y de Man se basan en las diferentes modalidades de retórica que asumen (de la *elocutio*, en uno; de los *tropos*, en el otro) y sus consecuentes críticas (una crítica como literatura, en uno; una epistemología negativa de la lectura, en el otro).

Palabras claves: de Man – Barthes – Retórica – Teoría de la lectura

Abstract: This essay derives from a reading of the book *Barthes en cuestión*, which includes an article by Paul de Man on Barthesian thought and an article by Judith Podlubne on de Man's reading of Barthes. From that point, I try to continue thinking about the tensions between Barthes and de Man considering the following hypothesis: the history of literary theory is the history of a self-challenge of its foundations before the acknowledgment of the lack of correspondence between sign and thing; acknowledgment that opened the way to an incessant interaction between the theory of reading and the return of rhetoric —abandoned in the 19th century—. In this context, the differences between Barthes and de Man are based on the different modes of rhetoric they assume (of *elocutio*, in the first of them; of *tropes*, in the other one) and their consequent criticisms (a criticism as literature, in the first of them; a negative epistemology of reading, in the other one).

Keywords: de Man – Barthes – Rhetoric – Theory of Reading

¹ **Nicolás Garayalde** es Doctor en Letras por la Universidad Nacional de Córdoba, Investigador asistente de CONICET, Profesor de Teoría Literaria (UNC) e Investigador asociado al Centre de Recherche Interdisciplinaire sur les Modèles Esthétiques et Littéraires (Universidad de Reims, Francia). E-mail: negarayalde@gmail.com.

En noviembre de 2020, la editorial rosarina Nube Negra inauguró una prometedora colección titulada “Discusión” con un libro potente en su capacidad de narrar uno de los problemas fundamentales que habitaron y aún habitan la teoría y la crítica literarias desde sus inicios: el libro es *Barthes en cuestión*; el problema, la relación entre la retórica y la teoría de la lectura.

Basta con registrar algunas fechas para acreditar la cobertura temporal del libro. Por un lado, contiene una excelente y primera traducción al español —a cargo de Leandro Bohnhoff— del ensayo “Roland Barthes and the Limits of Structuralism”, que Paul de Man escribió en 1972 pero que, por razones que no terminan de dilucidarse, fue publicado recién dieciocho años después, en la revista *Yale French Studies*. Se trata de un ensayo que, disfrazado de elogios corteses y por momentos irónicos, despliega una severa crítica al momento estructuralista de Barthes. Por otro lado, el libro recupera, en una versión revisada, un ensayo que Judith Podlubne había publicado en 2017 en un dossier sobre el fin y la resistencia de la teoría, preparado por la revista *El taco en la brea*: “Visión ciega: el Roland Barthes de Paul de Man”². Allí, minuciosa y quirúrgicamente, la crítica rosarina despliega una lectura que pone a de Man contra sí mismo, señalando su propia ceguera ante el pensamiento barthesiano y recurriendo inteligentemente al encuentro que ambos tuvieron en 1966 en el célebre coloquio de Baltimore.

Mi encuentro con este libro fue eufórico, y tal es el motivo por el cual lo que comenzó con el espíritu de una reseña desbordó pronto sus límites y asumió las pretensiones de un ensayo, basado en una sencilla conjetura: a las acertadas razones que Podlubne señala detrás de la resistencia de Paul de Man al pensamiento barthesiano, podríamos agregar una más, que explicaría por qué creo que *Barthes en cuestión* atraviesa un problema central, aún

² Significativamente, Podlubne decidió modificar el título, que en la versión de *El taco en la brea* aparece como “La tentación de la inteligencia. Paul de Man lee a Roland Barthes”, opción sugestiva e irónica, si se piensa que el propio de Man se proponía, tras la presentación de Barthes en los Estados Unidos como “el hombre más inteligente de nuestros tiempos”, protegerlo “de las expectativas que genera semejante hipérbole” (“Roland Barthes” 46).

vigente, de nuestra disciplina (cuya madurez podríamos ubicar tácticamente —por motivos que veremos— en 1966). Ante el reconocimiento de la falta de correspondencia entre el signo y la cosa, la discusión sobre el camino de la crítica supuso una discusión sobre la teoría de la lectura y el retorno de la retórica —abandonada a partir del siglo XIX—. En otras palabras: entre Barthes y de Man, una diferencia fundamental: la retórica en cuestión.

La danza de la teoría literaria

Vista retrospectivamente, no sería desmesurado trasladar a nuestra disciplina la hipérbole con la que Alfred North Whitehead describe la deuda de la filosofía con Platón: la teoría literaria es una serie de notas al pie de una página de Viktor Shklovski. La obra del formalista ruso es, por supuesto, menos prolífica, pero anida allí, en potencia, un periplo anunciado, lógicamente autosubersivo, que se inicia con la madre de todas las preguntas: ¿qué es la literatura?

El desplazamiento de la literatura a la literaturidad es el gesto ejemplar de una disciplina que no dejará de impugnarse, porque se evidencia allí la ambivalencia irresoluble entre la necesidad de establecer un objeto (urgida por la voluntad de desapego de la filosofía y por el ambiente positivista de la época) y el deseo de no caer en definiciones esencialistas ni históricas. Hay que reconocerlo, Shklovski combate dignamente esa batalla y sus huellas se dejan ver en las contradicciones que habitan “El arte como artificio”: la historia es expulsada, pero bien pronto reviene como necesidad en el entramado lógico del *extrañamiento* (que, como lo advertirá prontamente Iuri Tinianov, depende de su relación con otros elementos de la serie o de otras series); la literaturidad procura remitirse a los procedimientos técnicos, pero no tarda en aparecer la percepción del lector como condición necesaria del hecho literario. La literaturidad es, para la teoría literaria, la piedra de cimiento y el comienzo de un proceso de desmantelamiento, anunciando ejemplarmente una historia que no dejará de lidiar con el asunto. La

arquitectura argumental de Shklovski padece (elijo bien la palabra) de una lógica de hierro, que habitará de ahí en más un dilema transversal a todo el desarrollo de la disciplina, por diferenciales que sean los lenguajes o las palabras empleadas: lo que define la literaturidad son sus procedimientos, pero tales procedimientos son relativos a su lectura.

El problema se abre en dos aristas: el de los procedimientos técnicos que, en un momento, definen la literaturidad de una obra en relación con otros procedimientos previos (se trata de la relación de la retórica con la forma); el de la literaturidad respecto a la relación de los procedimientos técnicos con el significado (se trata de la relación de la retórica con el sentido). En ambos casos, el acto interpretativo es constitutivo en la medida en que el primero supone la puesta en perspectiva de un desarrollo histórico de los procedimientos, mientras que el segundo implica una decisión interpretativa ante la polivalencia producida por las tensiones entre la retórica y la gramática.

Tal es el motivo por el cual la historia de la teoría literaria, que es la historia de una incesante auto-impugnación, de un continuo y ambivalente proceso de construcción de un soporte conceptual que es inmediatamente desmantelado, se desarrolla en torno a una danza entre la retórica y la teoría de la lectura. En ese periplo, por supuesto, emergen algunas digresiones, producto del afán interdisciplinario de la época o de cierta distracción del carácter singular de lo literario, que resultan de la no siempre bien intencionada crítica extrínseca o de la atención a las demandas institucionales de unos estudios literarios a disposición de la explicación del texto (que terminan por ser, irónicamente, explicaciones del propio dogma desde el que se lee): las sociologías de la literatura, los psicoanálisis aplicados, los estudios culturales, las hermenéuticas y un variopinto etcétera.

Despejando, sin embargo, esas formas extrañas al derrotero lógico de la disciplina, lo que encontramos a lo largo de su historia es una estructura en la que retórica y teoría de la lectura se articulan en general según dos

momentos lógicos: un primer momento de refinamiento metodológico que pone en evidencia, gracias a la retórica, la falta de correspondencia entre el signo y el fenómeno; un segundo momento en el que se desarrolla una teoría de la lectura como respuesta a esa falta de correspondencia. La danza de estos momentos no siempre adquiere la misma forma.

En algunos casos, la coreografía metodológica exhibe la ambigüedad, pero la teoría de la lectura no se acopla en un mismo sentido, sino que se erige como un modo de disiparla. Es lo que pasa con el programa crítico de Richards, quien advirtiendo el problema de la ambigüedad opta por achacarlo a un “error del poeta o del lector” (162), de modo que la teoría se pone a disposición del desarrollo de técnicas para evitarlos y llegar a buen término.

Por supuesto, en estos casos se produce una paradoja que destina la empresa a cierto fracaso: el refinamiento metodológico conduce a una batalla en el interior de la propia operación crítica, porque cuanto más elaborada es la lectura atenta, tanto más clara es la resistencia de la literatura a la interpretación, tanto más cabal se vuelve la lógica de visión y ceguera.

En ello, el *New Criticism* norteamericano ha sido paradigmático, y la consistencia de su proyecto ha decantado en la iluminada consciencia de William Empson, cuya labor crítica termina por interesarse en la ambigüedad no como un “error” accidental de la escritura o de la lectura sino como una figura consustancial al texto; su disipación, en todo caso, se produce mediante la exclusión de uno de los sentidos posibles. Por eso, no es casual que, para alguien como Paul de Man, Empson sea una suerte de precursor de la deconstrucción, pues su trabajo metodológico conduce no tanto a resolver los errores que inquietaban a su maestro Richards, sino más bien a ponerlos en evidencia. Pero aún allí donde el *New Criticism* aspira a una totalización del gesto interpretativo que restablezca la unidad orgánica de la obra, su propio instrumental avanza en la dirección contraria, como lúcidamente lo señala de Man en “Form and Intent in American Criticism”:

Cuanto más refina sus interpretaciones, la crítica norteamericana no descubre un único sentido, sino una pluralidad de

significaciones que pueden oponerse radicalmente entre sí. En lugar de revelar una continuidad afiliada a la coherencia del mundo natural, nos lleva a un mundo discontinuo de ironía reflexiva y ambigüedad. Casi a pesar suyo, empuja tan lejos el proceso interpretativo que la analogía entre el mundo orgánico y el lenguaje poético finalmente explota. La crítica unitaria se vuelve finalmente una crítica de la ambigüedad, una reflexión irónica sobre la ausencia de la unidad que ha postulado (*Blindness* 28)³.

También el estructuralismo, del lado continental, avanza en una dirección semejante, alojando la misma paradoja, que podría enunciarse en los siguientes términos: la destreza metodológica que se desarrolla con el objetivo de una explicación del texto, que persigue el valor de la Unidad como un conejo a la zanahoria, termina por socavar sus pretensiones y ponerse al servicio de una operación exactamente contraria a la buscada; es decir, la inestabilidad del sentido, la pluralidad textual, la unidad perdida.

Cuando la paradoja se vuelve evidente, emerge la necesidad de una teoría de la lectura no ya con la pretensión de explicar el texto y relevar su Unidad, sino de exponer sus propias limitaciones e incluso su imposibilidad. La consecuencia lógica de este movimiento, tanto a un lado como al otro del océano, han sido las diversas modalidades de lo que muy abarcativamente se ha dado en llamar “posestructuralismo”, pero que podríamos precisar aquí con dos nombres propios que designan dos modos de ser de la crítica literaria: Paul de Man y Roland Barthes.

Entre uno y otro, un punto de partida común y una reacción diferencial: cuando el refinamiento metodológico (lingüístico y retórico) exhibe la imposibilidad de fijar el sentido y, por lo tanto, de un tipo de conocimiento fundamentado lógicamente (la retórica es, como ninguna otra disciplina, el contrincante imbatible de la lógica en los terrenos del lenguaje) se abren lo que podríamos llamar dos *éticas de la lectura*, basadas en una concepción epistemológica semejante pero diferentes en su andamiaje

³ Tanto en este caso, como en todas las citas que provienen de fuentes en inglés y en francés, la traducción es mía.

retórico. Es esta diferencia, precisamente, la que distancia a Paul de Man de Roland Barthes y lo que hace que aquel, bajo la “tentación de la inteligencia” (según la feliz expresión de Judith Podlubne), se obstine contra el crítico francés.

Una ética y otra dan lugar a dos modalidades críticas posibles: bien lo que podríamos llamar una *epistemología negativa de la lectura* (por el lado de de Man); bien una *crítica como literatura* (por el lado de Barthes). Entre una y otra, ¿qué diferencia?

Para responder esta pregunta, deberíamos seguir la buena intuición de Podlubne, quien para comprender lo que hay detrás de la crítica que Paul de Man dirige a su colega francés en “Roland Barthes y los límites del estructuralismo”, nos retrotrae pertinentemente al año 1966, ocasión del célebre coloquio de Baltimore y quizás primer intercambio personal entre estos dos gigantes de la teoría literaria.

1966: *annus mirabilis*

Pocos años tan prolíficos para nuestra disciplina como los que ocurren entre 1966 y 1972; pocos, además, tan sintomáticos de la época como el primero de ellos: “¿Por qué 1966?”.

La pregunta titula la primera clase de un curso que Antoine Compagnon dedicó a ese año en el Collège de France, durante el período 2010-2011⁴: fantaseando un proyecto con aires de sociocrítica que recuerda aquel otro ambicioso desarrollado por Marc Angenot, se propuso desarrollar una investigación enteramente dedicada a la indagación de un año en sus procesos históricos y sus discursos. 1966 es, para Compagnon, un *annus mirabilis*⁵, calificación que no parece hiperbólica si se miran rápidamente sus

⁴ Muchos de los argumentos que se plantearán en este apartado provienen de tomas de notas que hice a partir de este curso, dictado por Compagnon bajo el título 1966: *annus mirabilis* (2010-2011).

⁵ En realidad, Compagnon toma la expresión de la célebre *Histoire du structuralisme* de François Dosse.

hits editoriales: *Las palabras y las cosas* (Foucault), *Problemas de lingüística general* (Benveniste), *Figuras* (Genette), *Escritos* (Lacan), *Crítica y verdad* (Barthes).

Compagnon encuentra en ese año la defunción del existencialismo sartreano y el establecimiento de un estructuralismo que, en el mismo momento de consolidación, comenzaba a mutar más allá de sus límites (a pesar de Paul de Man). En esto, es significativo que el año comience con la publicación en Seuil de la antología preparada por Tzvetan Todorov que introdujo el formalismo ruso en la lengua francesa (*Teoría de la literatura de los formalistas rusos*) y se cierre, hacia octubre, con el coloquio de Baltimore (donde Derrida presentó su célebre conferencia “La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas”). Las cosas nunca son tan simples, pero aprovechemos la significatividad abrumadora de esas fechas: entre enero y octubre de 1966, dos momentos claves, lógicamente consecuentes, que ilustran la tradición en la que se inscribe el estructuralismo, la herencia de sus problemas y las razones de su fracaso-superación.

Por un lado, entonces, la publicación en enero de la antología formalista revela el espíritu de época, enmarcado en una serie de batallas al interior de los estudios literarios y la filosofía (Barthes vs. Picard, Lacan vs. Ricoeur, Foucault vs. Sartre), que busca en el formalismo un posicionamiento ante enemigos comunes (los historicismos, las hermenéuticas, los humanismos) y procura recuperar el proyecto de una ciencia de la literatura: “La doctrina formalista [dice Todorov] se encuentra en el origen de la lingüística estructural” (“Presentación” 15)⁶. Entre una doctrina y otra, un

⁶ Evidentemente, tomamos aquí la publicación de esta antología como un hecho significativo en términos de la institucionalización y circulación de los textos formalistas en el marco de una poética estructural. Pero es claro que el formalismo había entrado antes en Francia y ejercía desde hacía años influencias notables en el marco del pensamiento literario galo. La siguiente prueba bastará quizás para convencer al lector o lectora de estas líneas: en 1963 aparece una traducción francesa de la novela epistolar de Shklovski, *Zoo o cartas de no amor*, donde un prefacio de Louis Aragon da cuenta de los preceptos principales que encontramos en “El arte como artificio”. El manifiesto de Shklovski aún no había sido traducido, pero este

nombre común: Roman Jakobson, viajero incansable que atraviesa los continentes sembrando la “peste” formalista, primero en los Estados Unidos (en los años 40), luego en Francia (en los años 60). La figura de Jakobson es central para entender diversas cuestiones aquí implicadas.

Primero, la herencia formalista vinculada a la ambición de una ciencia literaria inmanentista que resolvería su estatuto en una concepción autotélica de la literatura. La célebre función poética de la lengua —que sirve para explicar, por su predominancia, la literaturidad— supone así una definición interna de la literatura implicando una ruptura con el referente. Pero esta herencia traslada ya las contradicciones propias del formalismo que se encontraban en Shklovski, y que Jakobson no deja de reelaborar. Tal es la razón por la cual, casi dos décadas después de la publicación de la antología formalista, Todorov recalará sobre esta ambivalencia en *Critique de la critique* (1984), señalando cómo la concepción autotélica convive con un “esbozo de una teoría de la lectura” que “sólo puede introducirse por contrabando en la doctrina formalista” (32). Ruptura del referente (por los recursos técnicos que separan el signo de la cosa y muestran la falta de coincidencia) y teoría de la lectura (por la apelación necesaria a una teoría de la percepción): el dilema y la danza continúan.

Segundo, la figura de Jakobson es interesante en sus paseos por el globo para advertir las diferencias geográficas, teóricas e institucionales, según los modos de elaboración de una ciencia de la literatura inmanentista. En los Estados Unidos, la oposición a la crítica tradicional, historicista y erudita había tenido un éxito institucional incuestionable, en la medida en que los grandes popes del *New Criticism* ocupaban lugares centrales del campo universitario. Se trata, pues, de un éxito no sorprendente si se piensa en la compatibilidad entre la sociedad norteamericana y un método crítico cuya metodología proveía cierto instrumental útil, aplicable y enseñable. En

prefacio muestra a todas luces que el pensamiento formalista resultaba ya conocido para personajes representativos de la intelectualidad francesa como Aragon.

Francia, en cambio, la incorporación de los métodos formal-estructuralistas se desarrollarían fundamentalmente en los espacios extra-universitarios (como el Collège de France o la École pratique des hautes études), lo que vuelve comprensible la versión efusivamente polémica de los críticos estructuralistas, el “tono algo eufórico y levemente maniaco”, para usar las palabras con las que Paul de Man describía, con sorna, el registro barthesiano (“Roland Barthes” 49). Pero... ¿cómo podría ser de otra manera?: ningún Picard del lado norteamericano.⁷

Por otro lado, un segundo momento clave de este año ocurre en octubre con la intervención de Derrida en Baltimore, que supone el signo inequívoco de una suerte de más allá del estructuralismo gestado en sus propios fundamentos, un “ultra-estructuralismo”, según ya lo explicita alguien como François Dosse en el curso de Compagnon: “1966 es también la superación, el prolegómeno de la superación del estructuralismo o de la línea de fuga del estructuralismo hacia aquello que François Whal llamó el ultra-estructuralismo, que es la primera crítica en relación al estructuralismo

⁷ Sin embargo, sería ingenuo suponer que el tono polémico se deba a una enunciación producida desde los márgenes y por fuera de los centros de legitimación. Sabido es que el campo intelectual francés tiene modalidades de legitimación institucional que difieren de las de otros países como los Estados Unidos, y las universidades están lejos de ser los centros privilegiados de la vida intelectual. En efecto, el éxito del paradigma estructuralista hacia 1966 es indudable en Francia, y basta señalar dos evidencias concretas y heterogéneas: la primera, el célebre lema que los estudiantes de mayo de 1968 pintaban en las calles parisinas: *les structures ne descendent pas dans la rue*, que da cuenta ya de una oposición a un paradigma imperante; segundo, una anécdota que François Dosse cuenta en el curso de Compagnon y que revela la impregnación del estructuralismo en las distintas esferas sociales: hacia 1966, el director técnico del equipo nacional de Francia, Henri Guérin, ante la serie de derrotas internacionales, fue interrogado en una conferencia de prensa por periodistas preocupados por el devenir del seleccionado: “No se inquieten –respondió– voy a hacer una reforma estructuralista”. Por cierto, Paul de Man no era el único que parecía exasperarse ante un tono polémico y eufórico con semblante de vanguardia pretenciosa. En una ácida crítica a la retórica de la *French Theory*, Cornelius Castoriadis se mostraría mucho menos mesurado que de Man: “Pulverizado en los medios universitarios y estudiantiles por mayo de 1968 (...), el estructuralismo se disolvió como el humo que siempre había sido, y sus principales representantes cambiaron, más o menos discretamente, de equipo. (...) Ya no se sabía si el inconsciente estaba estructurado como un lenguaje, pero en todo caso las ‘leyes de la estructura’ dejaban bruscamente su lugar a la ‘lalengua’ (una de las mejores expresiones autorreferenciales jamás acuñadas) y se aprendía de a ratos que todo lenguaje es fascista, que todo discurso es discurso del poder, pero que el poder no existe ya que sus ‘redes’ están en todos lados (*salvo*, atención, en el Collège de France)” (72-73).

deconstructivista de Jacques Derrida, que empieza en 1966”. El vértigo con el que se produce el éxito de la doctrina estructuralista y su propia auto-subversión se ve expresado perfectamente por las palabras con las que David Carroll se refiere a la intervención de Derrida: “Estábamos descubriendo lo que era el estructuralismo y de pronto él ponía en tela de juicio lo que apenas comenzábamos a aprender” (citado en Peeters 206).

El propio Barthes veía también la singularidad de ese año. En el prefacio que agrega en 1971 a la segunda edición de los *Ensayos críticos*, apegado aún a la semiología (palabra que usa para referirse al “conjunto de un trabajo teórico variado”), encuentra su “punto de referencia central” en 1966, a la vez que percibe que “se produce allí una primera difracción del proyecto semiológico, una revisión de la noción de signo, que en sus comienzos se tomaba demasiado ingenuamente” (*Essais critiques* 271). Sin embargo, no se debe tampoco tomar esa ingenuidad literalmente, porque existe ya, nos dice Barthes, en esos primeros ensayos ligados a la semiología, una heterogeneidad polisémica, que pone en escena no un estado fijo del pensamiento sino una simultaneidad de tiempos en la sincronía, no sólo por lo ya intuido por el autor, sino también por aquello que en los textos permanece abierto a la lectura por venir: “si hay algo, precisamente, que el ‘estructuralismo’ nos ha enseñado es que la lectura presente (y futura) forma parte del libro pasado: se puede esperar que estos textos [de los *Ensayos críticos*] serán *deformados* por la mirada nueva que otros podrían dirigirles” (Barthes *Essais critiques* 272).

1966 es, qué duda podría haber, un “año mágico”, como quiere Compagnon. Quizás su magia resida precisamente en la exhibición de ese modo de ser de la historia, pues se articulan allí tres elementos claves del derrotero de la teoría literaria: 1) la repetición de una problemática insalvable que encontramos ya en el formalismo de Shklovski (y que hemos definido como la danza entre la retórica y la teoría de la lectura); 2) el encuentro en Baltimore entre dos tradiciones formalistas críticas (*New Criticism* y *Nouvelle*

critique) que habían desarrollado un sofisticado instrumental analítico; 3) la subversión, a partir de ese mismo instrumental, de los propios objetivos metodológicos, lo que reclamaría una teoría de la lectura.

Por ello, es interesante que, detrás de un pensamiento tan ambivalente y travieso como el de Barthes, aparezca una lógica de hierro que recupera esta danza de una manera tan rigurosa: durante el período 1964-1966, Barthes consagra dos seminarios de la *École Pratique des Hautes Études* a una investigación sobre la retórica; en *Crítica y verdad*, ya en 1966, reclama un abandono de la cultura del comentario y pregona una teoría de la lectura; en el coloquio de Baltimore interviene con la célebre comunicación “Escribir, ¿un verbo intransitivo?”, que debe leerse a la luz de un desplazamiento paulatino hacia una cultura retórica de la crítica que se consolidaría a lo largo de los años siguientes.

Pero no abandonemos aún el glorioso año de 1966. Permanezcamos un momento más en ese otoño de Baltimore, pues encontraremos ahí, en una serie de desencuentros, las dos coreografías de esta danza entre retórica y teoría de la lectura que estamos tratando de relevar, y que explican por qué Paul de Man, con un tono molesto y ciertamente beligerante, comenzaría a desarrollar una crítica a Barthes que sería tan astuta como ciega, y que terminaría de articularse, algunos años después, en “Criticism and Crisis” (aparecido en 1971 en *Blindness and Insight*) y en “Roland Barthes and the Limits of Structuralism” (escrito en 1972).

Barthes en cuestión

Al parecer, Jacques Derrida y Jacques Lacan se conocieron personalmente en el encuentro de Baltimore, ese otoño de 1966. Al parecer, según François Dosse, Lacan se acercó a Derrida para dirigirle estas palabras: “Usted no soporta que yo ya dije lo que usted quiere decir”.

No sería extremadamente aventurado imaginar que Paul de Man experimentó, respecto a Barthes, algo semejante al sentimiento de Lacan:

Barthes, en efecto, expresaba con un tono eufórico y pletórico de “energía gala” no sólo un pensamiento por momentos directamente equivocado (respecto, por ejemplo, al romanticismo) sino sobre todo carente de novedad: “las verdaderas innovaciones introducidas por Roland Barthes en el estudio analítico de textos son relativamente escasas” (“Roland Barthes” 46) y los originales aportes del estructuralismo a la causa literaria parecen provenir más bien, para de Man, de autores como Gérard Genette o Algirdas Greimas. Mostrando cartas de buenas intenciones (amortiguar la “decepción” o la “euforia desmedida” que podría generar la recepción norteamericana del crítico francés), de Man matiza incluso la aparente novedad barthesiana basada en “la liberación del significante de los límites del significado referencial” (50), al preguntarse con un tono en el que se sospecha la ironía por esa “revolución copernicana”: ¿cómo estas ideas que estaban “ya presentes desde hacía tiempo” en la lingüística y las filosofías del lenguaje aparecen tan polémicas en Barthes?

La ironía demaniana revela una ambivalencia clara, pero también una sorna y un recelo indudables: “los franceses cuentan con un modo particular de hacerse con las ideas de otros, a menudo de manera tardía, y de redescubrirlas de pronto con una energía tan original que las inducen efectivamente a un nuevo nacimiento” (52). Pero esa suerte de anacronismo original —para tratar de definir con esa paradoja la ambivalencia demaniana— no es potestad gala, y bien puede ocurrir que los norteamericanos “descubran haberse calzado una boina y estar bebiendo Pernod en el momento en que la vanguardia francesa pasó ya hace tiempo a una dieta de pulóveres de cachemira y leche fría” (44-45). No es fácil encontrar un de Man tan torpemente jocoso, y cabría sospechar que en esa desmesura se esconde un fastidio. A de Man lo irritaría, al parecer, una suerte de *jet lag* intelectual de uno y otro lado del continente, la historia de desencuentros entre Estados Unidos y Francia, de la que él, cabe suponer por su pertenencia simultánea a ambas tradiciones, no formaría parte. Una suerte de *jet lag*, además, con

consecuencias dispares de uno y otro lado del Atlántico según las idiosincrasias nacionales: del lado francés, un estilo pomposamente polémico parecería perder la originalidad y rigurosidad del instrumental técnico; del lado norteamericano, el tecnicismo analítico perdería en alcance teórico y epistemológico. Así las cosas, el desencuentro es para lamentar; pero la potencialidad del encuentro se vuelve tanto más atractiva, pues la “aventura intelectual” de Barthes se acomoda perfectamente a la prolijidad metodológica del *New Criticism*:

[la crítica norteamericana] es notoriamente profusa en instrumentos técnicos (aunque mucho más pobre en la comprensión de su lógica de uso); pero se ve frustrada, como es de esperar, en sus intentos de relacionar estudios y descubrimientos particulares con preguntas históricas, semánticas y epistemológicas de mayor alcance (48).

De modo que la aventura del pensamiento barthesiano (en el marco general de lo que los sajones llamarían *French Theory*) supondría un aporte inestimable para la crítica estadounidense.

A pesar de su fastidio —y a juzgar por el recurso a la ironía con el que lo disfraza—, parece claro que Paul de Man advertía las posibilidades del encuentro intercontinental, que él mismo, como mediador, se veía en condiciones de llevar a cabo en los mejores términos, con medida neoclásica: ni euforia, ni decepción.

Pero el problema es mayor a un mero descubrimiento de la pólvora o a la falta de comunicación intercontinental. Pareciera que para de Man el problema fundamental reside en una frase que suelta al pasar en su artículo de 1972: “Barthes es un semiólogo nato” (53).

La relación de de Man con la semiología fue siempre ambivalente, lo que queda evidente en el texto que dedica a Barthes: “La fuerza desmitificadora de la semiología es tanto un poder como un peligro” (58). ¿Su poder? La capacidad de romper la ilusión del vínculo entre el signo y el referente; es decir, su poder contra la ideología. ¿Su peligro? La mitificación del propio método, la ilusión de “haber logrado finalmente basar el estudio

de la literatura en fundamentos dotados de la suficiente solidez epistemológica como para poder llamarlos científicos” (58). En *Allegories of Reading* —que escribió entre 1969 y 1979—, el argumento se repite con exactitud: lamentando cierto abandono del formalismo que cedió paso a la crítica extrínseca, celebra que la semiología haga “estallar el mito de la correspondencia semántica entre signo y referente” (18), pero inmediatamente destaca sus limitaciones: “Una de las características más sorprendentes de la semiología literaria (...) es el uso de las estructuras gramaticales (especialmente sintácticas) juntamente con las estructuras retóricas, sin consciencia aparente de una posible discrepancia entre ellas” (18). ¿En quién piensa de Man? En Genette, ciertamente, pues todo el ensayo sobre Marcel Proust estará dedicado a mostrar de qué modo la retórica se riñe con la gramática, discutiendo la lectura genettiana donde no se revelan tensiones lógicas entre los tropos. Pero también en Barthes, pues el peligro del desmitificador es pensar que la aberración ideológica es algo que está fuera del lenguaje, lo que podría llevar a creer —como lo hace Barthes, según de Man— que la crítica puede quedar exenta de mitificación, en un utópico metalenguaje:

Si lo que de Man denomina ideología fuera simplemente algún tipo de naturalización mistificada de lo lingüístico y lo convencional — dice Andrzej Warminski en su extensa introducción a *La ideología estética*—, entonces su crítica sería, en efecto, poco más que una desmitificación realizada desde un punto de vista privilegiado, más fiable a causa de su carácter crítico (17).

A juzgar por la excesiva inquietud ante el estilo barthesiano —eufórico, maniaco—, podemos pensar que de Man se fastidia con la despreocupación del “semiólogo nato” por un problema que a pesar de reconocer (la reducción de la literatura) deja en mano de los historiadores: “la ciencia literaria —dice Barthes en una frase que exaspera al crítico belga— no es la explicación de por qué cierto significado debe ser aceptado, ni siquiera por qué ha sido aceptado (siendo esta la tarea de los historiadores), sino por qué es aceptable”

(*Critique* 788-789). La objeción se liga a la anterior, porque la despreocupación de Barthes por lo que, para de Man, resultaría ser el objeto de toda ciencia literaria, radica precisamente en olvidar el carácter lingüístico y retórico del “error” al que se somete toda interpretación que reduzca el texto a un mensaje.

Para decirlo en pocas palabras: de Man cuestiona a Barthes que sucumba a la esperanza semiológica (teñida, como en *Mythologies*, por el trasfondo marxista que caracterizó los primeros tiempos de su pensamiento) de una desmitificación ideológica que evita “la distorsión que consiste en atribuir indebidamente a la literatura un significado positivo y asertivo” (66). Se trata de una tarea imposible, para de Man, puesto que el yerro depende de la naturaleza tropológica del lenguaje, y no de convenciones extralingüísticas. Por eso, una ciencia de la literatura debería decantar en una teoría de la lectura sustentada en la retórica (que es lo que hará en *Allegories of Reading*) y no en la semiología estructural, en la que la lectura es concebida como “un proceso de codificación/decodificación” (“Roland Barthes” 67). Ante esta ceguera, la semiología se condena a perder de vista su propia implicancia en la interpretación, es decir, se vuelve incapaz de leerse a sí misma.

Si la semiología, en su afán desmitificador, sustituye un tropo por otro, de lo que se trata es de reconocer que toda crítica se mantendrá dentro de la ideología; pero su poder radica en todo caso en dar cuenta de esa trampa, en narrar la imposibilidad de leer, en la elaboración de una teoría de la lectura como epistemología negativa. De Man, sin embargo, no pierde las esperanzas en Barthes, pues estima que su “integridad intelectual” lo llevará a responder al desafío filosófico de dudar de los propios fundamentos del método; así, aún optimista, un de Man ligeramente condescendiente dice que en un libro como *S/Z* “hay sobradas razones para suponer que el trabajo futuro de Barthes participará de este desarrollo” (“Roland Barthes” 70).

Pero de Man, como nos lo permite advertir la precisa lectura de Judith Podlubne, profetiza con el diario del lunes.

De Man en cuestión

Las lecturas deconstruccionistas, cuando son inteligentes, nos regalan el placer (o la desazón) de la ironía, donde cada nivel desdice el anterior, o más bien señala las contradicciones que lo llevan a desdecirse a sí mismo: de Man leyendo a Derrida leyendo a Rousseau; Felman leyendo a Derrida leyendo a Lacan leyendo a Poe. Estas lecturas nos enseñan, ciertamente, el espiral vertiginoso del sentido. Lo mismo ocurre con el libro *Barthes en cuestión*: Podlubne leyendo a de Man leyendo a Barthes.

No quisiera detenerme más de lo necesario en reproducir aquí la lectura con la que la crítica rosarina pone a de Man en cuestión, pues los resúmenes y paráfrasis son en general tediosos y el lector o lectora de estas líneas no debería privarse de consultar por sí mismo o sí misma ese libro. Pero a los fines de mi ensayo, quisiera destacar algunos elementos.

El primero, la astucia con la que Podlubne enfrenta a de Man contra sí mismo en la disputa por el romanticismo, que desencadenó un chisporroteo en Baltimore en el ya mentado año 1966: “Encuentro en su obra —habría disparado de Man— una concepción falsa del clasicismo y el romanticismo” (citado en Podlubne “Visión ciega” 17). Podlubne se sorprende, con razón, ante ese “reclamo de verdad” demaniano que

denegaba lo que de Man ya sabía, y desarrollaría a lo largo de su obra. Por un lado, la *naturaleza retórica o tropológica* del lenguaje, al retrotraer los criterios interpretativos a valores lógicos, como los de verdad y falsedad. Por otro, aunque en rigor se trataba de distintas fases de lo mismo, el *carácter performático de la teoría* (22).

Por su parte, un Barthes devenido Hans-Robert Jauss le habría contestado: “nunca consigo definir la historia literaria con independencia de lo que la historia en general le ha añadido. En otras palabras, siempre le doy una dimensión mítica. Para mí, el romanticismo incluye todo lo que se ha dicho sobre el romanticismo” (23). ¿No es irónico que quien asuma la mitificación de la reconstrucción histórica sea precisamente Barthes,

denunciado por de Man por pretender quedar por fuera del mito, y que sea por lo tanto este último quien sucumba a una suerte de exterioridad que podría definir la verdad del romanticismo? Como ya lo advertimos, en el prefacio a la nueva edición de los *Ensayos críticos*, Barthes adheriría a una visión de la historia ligada a Giambattista Vico, usando la misma metáfora de Mallarmé que tanto atraía a de Man: el espiral, en el que el propio crítico se inscribe como parte del mito.

No hay que menospreciar, sin embargo, el hecho de que hacia 1966 Paul de Man estuviera en plena transformación de su pensamiento. Entramos aquí en terreno especulativo, pero es posible pensar que la misma objeción no hubiera existido una vez que la concepción benjaminiana de la historia hiciera pasar al crítico belga del símbolo a la alegoría, de la temporalidad a la retórica. Y, a la vez, tampoco sería desatinado creer que la objeción que de Man levantó contra Barthes en el coloquio de Baltimore continuaría: porque su hegelianismo, del que no se desprendería jamás⁸, lo hacía coquetear incesantemente con una suerte de progresión hacia una verdad filosófica, aunque más no fuera una verdad ligada a la negatividad, escalón final del espiral irónico al que se llega por el camino de la retórica.

Pero continuemos, aún un poco más, cerca de la lectura de Podlubne, donde un segundo elemento atrae particularmente la atención: si de Man culpaba indirectamente a Barthes de anacronismo al presentar como nuevo lo que ya tiempo hacía la filosofía y la lingüística habían descubierto, el acusador se volvía acusado en la medida en que la crítica demaniana pecaba de una falta de *timing*: certera quizás para las *Mythologies*, se volvía caduca ya para 1971. Por un lado, los “límites del estructuralismo” que señalaba de Man perdían de vista que “Barthes había anunciado ya su abandono del modelo estructural y se proponía rescatar la interpretación de la ‘mirada de la ciencia in-diferente’ para devolverla al juego infinitivo de la autodiferencia

⁸ “Lo sepamos o no, nos guste o no –decía en un ensayo de 1982–, la mayoría de nosotros somos hegelianos, y bastante ortodoxos por cierto” (*La ideología* 133).

de los textos” (32). Por otro, de Man permanecía ciego a que “las críticas a S/Z resultaban extemporáneas” (35), pues el pensamiento barthesiano exhibía ya ahí tanto una consciencia de la imposibilidad de un metalenguaje como el esbozo de una teoría de la lectura consecuente.

¿Por qué estas contradicciones, por qué esta extemporaneidad frente a la obra de Barthes en uno de los lectores más rigurosos e inteligentes que ha tenido la crítica literaria? Para Podlubne se trata, precisamente, de una tentación de la inteligencia:

El exceso de inteligencia, o su envés, la falta de disposición a la ironía, habían simplificado su lectura de Barthes. El afán de sancionar la verdad (es decir, los límites) de la semiología barthesiana había orientado sus intervenciones de tal modo que impediría que, una vez establecidos los déficits iniciales, su interpretación fuera capaz de percibir y valorar las mutaciones posteriores (41).

Es significativo que esto pudiera ocurrirle a alguien como de Man: su posición se dejaba arrastrar allí por una arrogancia de totalización que desconocía los fundamentos de su propio pensamiento. Se diría que desconocía esas sabias palabras de Pascal que él mismo había elegido como epígrafe de *Allegories of Reading*: “cuando se lee demasiado rápido o demasiado lento, no se comprende nada”.

Pero quizás el exceso de inteligencia esté vinculado también a otro hecho que explica la posición de Paul de Man frente a Barthes: paradójicamente, el crítico belga no estaba tan lejos de Richards cuando se proponía conjurar la espiral vertiginosa de la ironía. Su hegelianismo (el de la negación, el de la consciencia infeliz) le hacía pensar que una ciencia de la literatura debía ser aquella que en algún punto detuviese el vuelo incesante del sentido. Y esa detención sólo era posible con una astucia que postulara en la imposibilidad del conocimiento una suerte de saber último, él mismo también mítico. Para ello, la retórica. Pero no cualquier retórica: una retórica de los tropos, una “retórica limitada” según protestaría Genette en *Figures III*, al punto de que exigía llamarla “tropología”; es decir, una retórica reducida

a una serie restringida de tropos subsumida bajo el imperio de la metáfora. Aunque no lo nombre, la protesta de Genette vale para Paul de Man, que en su lectura de la obra de Proust extrajo incluso la sinécdoque del campo de la metonimia para adjudicársela curiosamente a la metáfora, en un gesto que imagino habría exasperado al autor de *Palimpsestes*⁹. El giro retórico demaniano era un giro tropológico que determinaría una particular teoría de la lectura y exigiría un objetivo claro para la ciencia de la literatura.

No es casual, además, que cite ahora a Genette, que en ese mismo texto publicado en *Figures III* reivindicaba como ejemplo de una retórica no limitada la que Barthes había desplegado durante sus cursos de 1964 a 1966. ¡Qué significativo, además, que en *Figures I*, publicado en ese mágico año 1966, Genette haya elegido también una cita de Pascal como epígrafe, aprovechando el juego de palabras!: “La figura nos trae ausencia y presencia, placer y displacer”.

A pesar de la familiaridad teórica, a pesar del “retorno a la retórica”, la danza entre esta última y la teoría de la lectura es muy diferente en Barthes y en de Man; y diferentes son, por lo tanto, sus operaciones críticas. Allí reside quizás un punto considerable de lo que separa no sólo a estos dos grandes de la teoría literaria, sino también a todo lo que en Estados Unidos y Francia seguiría bajo el efecto de sus obras. Se trata, decíamos, de la retórica en cuestión.

La retórica en cuestión

El invierno de 1966 fue particularmente frío en el país hexagonal. Hacia el 11 de enero, una tormenta cubrió París con veinte centímetros de nieve y

⁹ La operación tocó incluso los escrúpulos de Paul de Man, que se vio obligado a una aclaración en nota al pie: “La retórica clásica clasifica por lo general la sinécdoque como metonimia, lo cual conduce a dificultades características de todas las tentativas de establecer una taxonomía de los tropos; los tropos, más que tramas, son sistemas transformacionales. La relación entre la parte y el todo puede ser entendida metafóricamente (...). La sinécdoque es una de las figuras extremas que crean una zona ambivalente entre la metáfora y la metonimia y que, por su naturaleza especial, crea la ilusión de una síntesis por totalización” (*Allegories* 97).

llevó la temperatura a más de 10 grados bajo cero. Por entonces, Gérard Genette terminaba de escribir un ensayo de particular importancia para el retorno a la retórica que algunos críticos literarios comenzaban a reclamar en la capital francesa. Se trata de “Rhetorique et enseignement”, publicado poco tiempo después, año 1969, en *Figures II*. Lamentando la sustitución de la retórica por la historia que se gestó durante el siglo XIX, Genette muestra una añoranza del tiempo pasado, cuando la enseñanza retórica, caracterizada por un acento sobre la *elocutio*, ponía a los estudiantes en contacto con el texto según un sentido de la imitación: la lectura apuntaba a un arte de escribir, procurando “reforzar el carácter literario (estético) de esta formación”. En el paradigma de la historia literaria, en cambio, el discurso sobre la literatura es despejado del literario: “ya no se les pide a los alumnos que escriban fábulas o retratos, sino disertaciones *sobre* la fábula o el retrato, las cuales no deben estar escritas en la forma de su objeto” (*Figures II* 29). La literatura pasa de modelo a objeto. La retórica no desaparece, pero se traslada a la literatura misma que, a través de autores como Mallarmé, Valéry o Blanchot, asume el trabajo de pensarse a sí misma y se vuelve autorreflexiva. Haciendo coincidir crítica y poesía, es a la vez literatura y discurso *sobre* la literatura. Pero en estos desplazamientos, la enseñanza de la literatura pierde su aspecto poético y decanta, lamenta Genette, en una cultura del comentario: el escritor se ha vuelto crítico; pero el crítico ha dejado de ser escritor.

Apenas un mes después, febrero de 1966, Barthes termina de escribir su célebre defensa *Crítica y verdad*, retomando el anhelo genettiano y señalando, performativamente, “una crisis general del Comentario” a partir de la cual la crítica tiende a la escritura. El diagnóstico de Barthes es semejante al de Genette: la pérdida de terreno de la retórica a partir del romanticismo habría separado la antigua alianza entre crítica y literatura en torno a una reflexión sobre el lenguaje, que ahora se restringía a algunos escritores particulares (Mallarmé, Joyce). Se trataba, por lo tanto, de

recuperar ese maridaje mediante un retorno a la retórica. No es sino en esa dirección que avanza, precisamente, la intervención que Barthes presentará en octubre de ese mismo año, en el coloquio de Baltimore, como claramente lo señala Judith Podlubne: “Escribir, ¿verbo intransitivo?” anunciaba un retorno a la retórica, el reencuentro de literatura y lenguaje, por un doble camino: el de la lingüística, orientado a describir los efectos del mensaje antes que su relación con el referente, y el de la escritura” (“Visión ciega” 14-15)”. En ese doble camino se cifran, precisamente, las dos modalidades de la retórica a partir de las cuales este ensayo procura enmarcar los reparos de Paul de Man frente al pensamiento barthesiano. ¿De qué retóricas se trata?

Para responder esta pregunta, basta recurrir a Hillis Miller —que supo lamentarse de haber faltado al coloquio de Baltimore por tener que dar clases, pero que reconoce en ese evento el punto de inicio de su pasaje de la fenomenología a la deconstrucción— y a un artículo publicado en 1979 bajo el título “The Function of Rhetorical Study at the Present Time”. Afirma allí percibir dos retóricas contemporáneas: por un lado, la *retórica de la persuasión* —vinculada al arte de escribir—; por otro, la *retórica de los tropos* —vinculada al arte de leer como descomposición, como interpretación de las figuras del discurso—.

Ante esta distinción, el partido tomado por Paul de Man es claro: la retórica que le interesa —según declara en *Allegories of Reading*— es la del “estudio de los tropos y de las figuras” y “no en el sentido derivado de comentario, de elocuencia o persuasión” (19). Esta tropología se inscribe en un proyecto de la crítica literaria que la vuelve una epistemología de la lectura interesada en dar cuenta de nuestra incapacidad de conocer y en la falta de correspondencia entre la palabra y el objeto. Es un proyecto de larga data en de Man, y lo encontramos ya en un bellissimo ensayo dedicado a Montaigne a mediados de los 50: “Montaigne y la trascendencia”.

Se trata de un texto clave, pues encontramos allí, en potencia, toda la posición epistemológica que fundamentará su retorno a la retórica, pero

también las ambivalencias de su pensamiento, no menos oscilante que el de Barthes, no menos sujeto a las variaciones a las que recurre frente a los callejones sin salida del lenguaje.

De Man destaca cierta astucia del humanista francés frente al peligro de un pirronismo axiomático derivado de la ineludible interposición del sujeto de conocimiento entre el objeto por conocer y el acto de conocerlo: “Si la subjetividad interpone una barrera infranqueable entre el objeto y la mente, entonces la mente se ejercitará a la altura de esa misma barrera y encontrará en el reconocimiento de su fracaso su única función positiva” (“Montaigne” 87). He aquí el nudo argumental y el proyecto crítico que Paul de Man llevará al campo de los estudios literarios. La tentación de la inteligencia –para emplear la feliz expresión de Judith Podlubne– radica ahora en superar la incapacidad de conocer mediante una afirmación y puesta en evidencia de esa incapacidad: así, según de Man, “el objetivo principal del conocimiento viene a ser el conocimiento de su propia imposibilidad; no de sus límites”. Y más adelante: “Justo cuando la mente cae en la desesperación de su impotencia, recupera toda su elasticidad al percibir su propia impotencia” (87). La pirueta demaniana es interesante porque asume la misma paradójica trascendencia de Montaigne para fundamentar la tarea del crítico; pues en última instancia la detención de la ironía es una práctica constante de su señalamiento: contra la ironía no se puede, como quería la retórica del ornamento a la que recurría Richards, disolverla mediante el despeje de las figuras; se trata más bien de una puesta en escena de las tensiones lógicas que producen el entramado tropológico de todo texto. Pero esta detención es, por supuesto, momentánea, en la medida en que la comprensión supone “la consciencia de su propio dilema temporal y advierte que el horizonte en el que se puede producir la totalización es el tiempo mismo” (*Blindness* 31). Cada acto de comprensión, así, es sólo un nivel más en una espiral vertiginosa. De Man llama ironía, precisamente, a este incesante desmantelamiento de la comprensión. Su intrincada definición de

la ironía, a partir de Friedrich Schiller, como “la permanente parábasis de la alegoría de los tropos” (*La ideología* 253) se puede describir como la incesante interrupción de la narración de la imposibilidad de leer.

De allí que *Allegories of Reading* se presente como la coreografía más elaborada de la danza entre una retórica de los tropos y una teoría de la lectura. Si el lector o lectora me permite la imprudencia, me aventuraría a decir que de eso habla precisamente el verso de John Keats sobre el que se detiene de Man en uno de esos primeros ensayos: “¿cómo podemos distinguir el baile de la bailarina?” Esa imposibilidad de distinción es lo que reclamaba a Barthes, al que acusaba —aunque anacrónicamente— de creerse exterior al baile; esa imposibilidad, también, justifica que para de Man la crítica no sea otra cosa que la narración incesante, por la vía de un formalismo de los tropos, de la imposibilidad de la lectura. Este programa supone, en consecuencia, una ética de la lectura que Hillis Miller se encargaría de proponer en *The Ethics of Reading*: es decir, la ética como un reconocimiento, a través de la lectura atenta, de la ley de la ilegibilidad.

En este sentido, el artículo sobre Montaigne de 1953 es increíblemente programático para toda la crítica demaniana posterior. Citando una expresión de Valéry (“La duda lleva a la forma”), de Man plantea en estos términos la trascendencia en Montaigne:

Esta observación viene que ni pintada a Montaigne. La trascendencia paradójica que se sitúa más allá de la imposibilidad, ese delicado equilibrio entre la serena estabilidad de los objetos y la fluidez de la consciencia subjetiva, tiene un nombre: es la *forma*, una estructura gratuita pero rigurosa que nuestras manos hacen y deshacen sin terminarla jamás. Esta forma inefable está en todo Montaigne. Podemos decir que los *Ensayos*, con todo el peso ontológico del término, son esa forma (“Montaigne” 91).

Sin embargo, es curioso que en este fragmento y en lo que sigue del ensayo, de Man mire con simpatía otro tipo de ejercicio ético que parece cuadrar con el modelo del último Barthes: el de la escritura ensayística a pesar de la ilegibilidad. De Man reconoce que “el sentido ético no puede

desaparecer en un cinismo pluralista que nos dejaría en un estancamiento empobrecedor” (89); pero ¿no es ese cinismo el que exige a Barthes a principios de los 70? Para los tiempos de *Allegories of Reading*, el crítico belga parece haber olvidado el coqueteo con Montaigne, cuando justificaba su conservadurismo religioso sin que ello suponga una contradicción con la negación del conocimiento, en la medida en que el conservadurismo del humanista francés era de carácter ritualista: “El ritual es lo que queda de la moralidad cuando ésta se vacía de absolutos” (89). Trasposición mediante, me aventuro a decir: *el ritual de la escritura es lo que queda cuando la moralidad de la lectura se vacía de absolutos*¹⁰.

Miller pareció comprender esto muy bien, razón por la cual para él una retórica de los tropos o de la lectura es necesaria para una posterior enseñanza de una retórica de la persuasión: “aprender a escribir bien no puede estar separado de aprender a leer bien” (204). De allí las dos retóricas (y sus dos éticas): la de los tropos; la de la persuasión.

La tradición norteamericana, como es lógico, asumió más imperiosamente la primera de ellas: primero, por pretensiones hermenéuticas (Richards, Booth); luego, en su afán deconstruccionista (Hartman, de Man, Miller). Pero del lado francés, que pasa a la segunda mitad

¹⁰ A menudo, como quería Walter Benjamin, la verdad parpadea en las suturas de la traducción, sobre todo en sus lapsus. Por eso, es interesante señalar la curiosa traducción que de Man hace de Barthes en el artículo de 1971, pues se revela como un síntoma de cierta ceguera demaniana. Comentando la idea de ciencia de la literatura en *Crítica y verdad*, el crítico belga traduce y cita de la siguiente manera a Barthes: “If one is willing to admit the textual nature of the literary work...”. El traductor al español del artículo de Paul de Man, Leandro Bohnhoff, agrega aquí una nota al pie, intuyendo la rareza, para citar el modo en que José Bianco pasó ese mismo fragmento de Barthes al español en la edición de Siglo XXI: “Desde el momento en que por fin se admite que la obra está hecha con la escritura...” (2006: 58). En efecto, la expresión que usa Barthes en francés se acerca más a esta versión: “À partir du moment où l'on veut bien admettre que l'œuvre est faite avec de l'écriture” (2002b: 788). ¿Por qué de Man elige “textual nature” para traducir que la obra está hecha con escritura? ¿Por qué no, al menos, “written nature”? ¿Por qué ese cambio de texto por escritura? No sería demasiado osado señalar que allí se exhibe la resistencia demaniana a ver el pasaje de Barthes a un tipo de retórica de la persuasión, en el momento en que la noción de escritura toma centralidad en su proyecto crítico. Agradezco a Leandro Bohnhoff el intercambio sobre este momento de traducción en el artículo de Paul de Man.

del siglo XX con un conflicto entre la vieja crítica historicista y una incipiente *nouvelle critique* de energía gala, la retórica anhelada es más la de la *elocutio* que la de los tropos. En palabras de Genette: una *retórica* como *poética*.

Barthes se inscribe cómodamente en este proyecto y lo celebra con entusiasmo en la reseña que publica en *La Quinzaine littéraire* cuando la publicación de *Figures III: "Le retour du poéticien"*. Aparece allí una demanda a volver a una retórica de tipo poética que se pregunte no *qué quiere decir* una obra literaria sino *cómo está hecha*. Pero no sólo eso: se trata de una poética reflexiva y precipitada a la literatura:

Volviendo sobre su propio lenguaje, la poética consiente, se obliga a considerarse a sí misma, en cierto modo, como objeto de poética. Este retorno, que es más importante que una simple expansión, tiende a hacer del poético un escritor, a abolir la distancia jerárquica entre el "creador" y el "glosador". Dicho de otro modo, el poético acepta el retorno del significante en su propio discurso. (...) Hacer del trabajo de análisis una ficción elaborada es quizás hoy un proyecto de punta: no contra la verdad y en nombre del impresionismo subjetivo, sino al contrario porque la verdad del discurso crítico no es de orden referencial, sino de orden lingüístico (145-146).

Cuánta razón tiene Podlubne al insistir en la ceguera de Paul de Man ante Barthes sobre este aspecto, porque en la obra de este último la negación de un metalenguaje posible es evidente en todas partes, por lo menos desde finales de la década del 60 en adelante. Sólo que el reconocimiento de esta condición epistemológica del crítico lleva a Barthes a otro tipo de retórica y, por tanto, de crítica: una retórica ligada a la poética; una crítica ella misma literatura. Sin lugar a duda, la elección de Barthes está influenciada por la posición de Genette, aunque ya en el milagroso año de 1966, durante una intervención en el coloquio Goldmann, había equiparado poética y retórica en torno a la pregunta por la especificidad literaria: "La poética es el análisis que permite responder a la siguiente pregunta: ¿qué hace de un mensaje verbal una obra de arte? Por mi parte, llamaré *retórica* a este elemento específico" ("L'analyse" 1271). Barthes recupera acá la tradición que, desde la

Edad Media, fusiona ambas disciplinas; fusión capital, según dice en la transcripción del seminario en la EPHE en 1964-1965, “porque está en el origen mismo de la idea de literatura” (“L’ancienne” 536). Abandonando la marca aristotélica, la retórica deja de lado la organización del pensamiento para identificarse con los problemas de composición y de estilo: “la literatura [a partir de este acercamiento de la retórica a la poética] se define por el *escribir-bien*” (536). Es significativo que aparezca aquí la retórica ligada al problema de la literaturidad, porque es lo que ocurre también en de Man. Para el crítico belga, la literatura se define por su consciencia de la falta de correspondencia entre signo y referente; su privilegio es el de ser el único lenguaje libre de la falacia de la expresión inmediata: “El lenguaje poético nombra este vacío con una comprensión incesantemente renovada. (...) Este nombrar persistente es lo que llamamos literatura” (*Blindness* 18). A su vez, en un ensayo dedicado a la lectura que Derrida hace de Rousseau, el crítico belga llama *literario* “cualquier texto que implícita o explícitamente signifique su propia malinterpretación como correlato de su naturaleza retórica, de su retoricidad” (136).

Arte del escribir bien (retórica de la persuasión), de un lado; consciencia de la falta de expresión inmediata (retórica de los tropos), del otro. A pesar de las ambivalencias que ambos mantienen frente al estatuto de lo literario, el pensamiento de uno y otro liga la literaturidad a la retórica, aunque sean diferentes. Para ambos, también, la crítica termina por diluir sus límites con lo literario, sea porque se vuelve ella misma un arte del bien escribir, sea porque participa de la misma consciencia de la ilusión referencial: “tanto la literatura como la crítica, la diferencia entre ellas es engañosa, están condenadas a (o tienen el privilegio de) ser para siempre el lenguaje más riguroso y, en consecuencia, el lenguaje menos fiable con que cuenta el hombre para nombrarse y transformarse a sí mismo” (*Allegories* 33).

Basta ver el modo en que cada uno se relaciona con Proust para advertir la diferencia: en de Man, la *Recherche* es abordada como una alegoría

de la lectura a partir de la puesta en escena de las tensiones entre la metáfora y la metonimia, dando lugar a una puesta en escena de la ilegibilidad mediante una retórica de los tropos; en Barthes, Proust funciona como modelo de imitación con el cual el crítico se identifica para dar lugar a lo novelesco. Es interesante que Proust sea, de hecho, el horizonte sobre el que se configuran los trabajos en los que mejor se delinear las coreografías entre retórica y teoría de la lectura de Barthes y de Man (y que sean, además, trabajos contemporáneos): *La préparation du roman* (1978-1980), para el primero; *Allegories of Reading* (1979), para el segundo.

Barthes se inscribe así en un programa genettiano que, en 1966, recuperando las funciones crítica (que toma la literatura como objeto de estudio) y poética (que tiene por finalidad la producción de la literatura), pregona una recuperación de la antigua fusión, abandonada a partir del siglo XIX. No es casual que, en su seminario sobre la antigua retórica, Barthes celebre el momento en que Quintiliano, trabajando sobre los tropos y figuras, funda “una primera teoría del escribir” que apunta a vencer “el terror de la página en blanco” y despliega una “propedéutica del escritor” (“L’ancienne” 540). ¿No es precisamente el curso de *La préparation du roman* una propedéutica del escritor que procura, a partir de Proust, fusionar retórica y poética, pasar de una teoría de la lectura a una teoría de la escritura?

Volvamos un momento al ensayo sobre Montaigne: el crítico belga opone allí, al hablar del ritualismo a pesar de la negación del conocimiento, la escritura de Montaigne y la de Proust. En este último, dice, se trata de dar forma a lo subjetivo con una perspectiva temporal que es forzosamente la del pasado, desde el punto de vista de la muerte y como congelando “la acción en la inmovilidad de lo irrevocable” (91); en el caso del humanista francés, en cambio, no hay ilusión de trascendencia, sino antes bien la asunción de un fracaso que no puede acumular la densidad temporal, de modo que el presente es absoluto, es el presente de la escritura: “la imagen que nos queda de los *Ensayos* —dice agudamente de Man— es la de un hombre que se

observa en el gratuito y fundamentalmente fútil acto de escribir” (“Montaigne” 91).

Si el lector o la lectora permiten la conjetura, me atrevería a pensar que tal es el carácter del último gesto barthesiano: su identificación a Proust, como bien parece señalarlo tanto en *La préparation du roman* como en “Mucho tiempo he estado acostándome temprano”, no es el de la escritura de la *Recherche* sino el de la oscilación previa, la de los años inmediatamente posteriores a la muerte de su madre, en 1905, entre el ensayo y la novela, las vísperas de una escritura que, más allá de la opinión de Paul de Man, es una puesta en escena de sí misma; una escritura, según dice Barthes, “autonímica”. Sus últimos textos remiten a la propedéutica de un puro presente de la escritura que se proyecta utópicamente al futuro de una novela por venir, pero que sin embargo no deja de remitirse incesantemente a sí misma. En ello, hay una inhibición semejante a la que experimenta Paul de Man, que en 1953 parecía conceder la necesidad del ritual (que allí implicaba el conservadurismo religioso de Montaigne, pero que en términos éticos es generalizable a cualquier acto, incluido el de la lectura y la escritura) y décadas después permanece sin embargo en una concepción de la crítica como señalamiento de la imposibilidad de conocer. Pero a diferencia del crítico belga, Barthes parece dar un paso más, por tímido que sea, que supone el pasaje de la *Ciencia* a la *Technè* y de la *Metáfora* a la *Metonimia*: no *qué quiere decir la obra* (aún allí donde eso suponga que quiere decir la imposibilidad de su propia lectura), sino *cómo puede seguir*. A pesar de lo novelesco, Barthes no avanza más allá de la propedéutica de la novela, pero su proyecto —que es también el de Genette en el párrafo final de *Nouvel discours du récit*— será retomado a partir de la década del 90 por Michel Charles. Pero esa es otra historia¹¹.

¹¹ Parte de esa otra historia puede encontrarse en un ensayo que publiqué en el número 103 de la *Revista Chilena de literatura*, bajo el título “Enseñanza y retórica” (2021).

Una cuestión de ritmo

La historia que aquí hemos querido contar es la de la teoría literaria pensada como una danza lógica entre la teoría de la lectura y la retórica, donde Barthes y de Man son actores protagónicos.

En esta historia, el año de 1966 es, ciertamente, un “punto de referencia central” (*Essais critiques* 271). Por ello, quisiera cerrar volviendo una vez más a ese año milagroso, para encontrar un último elemento del recelo de de Man frente a Barthes, como un acto más en el drama de los desencuentros de dos modos diferentes de la crítica según la retórica empleada.

A principios de septiembre, apenas un mes antes del coloquio de Baltimore, de Man participa del célebre encuentro de Cerisy-la-Salle, que bajo el título “Los caminos actuales de la crítica” reúne a los pesos pesados de los estudios literarios: Genette, Doubrovsky, Girard, Leenhardt, Ricardou, Richard, Rousset, Poulet. Barthes no acude; está por entonces de viaje en Japón, postergando así un mes su encuentro con de Man, que presenta en Cerisy un trabajo sobre la concepción estética de Ludwing Binswanger. De Man reconoce en este último una distinción entre la empresa poética y la psicológica; pero cuestiona que finalmente abandone el estudio ontológico por el de preocupaciones óticas: “ciertas dificultades de la crítica moderna se deben a la tendencia de nuestro vocabulario a abandonar el mundo desprovisto y empobrecido de la verdad ontológica para alimentarse de las riquezas de la experiencia vivida” (“Ludwing” 82). Muchos años después, en 1981, apuntando otra vez contra la crítica contemporánea, de Man se inquietaría nuevamente por el mismo problema, exigiendo una lectura que permanezca en la forma:

la necesidad de una determinación se vuelve más fuerte en cuanto medio de salvaguardar una disciplina que amenaza constantemente con degenerar en chismorreo, trivialidad o autoobsesión. El término más tradicional de los que designan estas fronteras es forma; en literatura el concepto de forma es, antes que nada, necesario para su definición (“Hipograma” 50-51).

Resuena aquí, todavía, la expresión de Valéry: “la duda lleva a la forma”. Resuena también, al parecer, un recelo obstinado contra toda forma de crítica que pueda precipitarse a una suerte de “chismorreo”, que ciertamente refiere a ciertos estudios historicistas, pero que quizás pudo ver también en el último Barthes para no reconocer en él lo que reconocía en Montaigne.

Posiblemente radiquen allí los dos peligros principales por los cuales de Man mantuvo una idea de la crítica literaria como una epistemología negativa de la lectura asentada en una tropología, cuya operación esencial consistía en el señalamiento de la imposibilidad de conocer: por un lado, el peligro al mitólogo mitificado (que habría visto en el Barthes estructuralista de *Mythologies* y de *S/Z*); por otro, el peligro de una crítica que, al coquetear con la literatura, devenga en chismorreo (que habría visto, tal vez, en el último Barthes). Es una especulación. Pero explica en parte su propia obstinación y su propia ceguera: quizás por su obsesión con una lectura atenta que estuviera a la altura de las travesías de la ironía, de Man se tomó demasiado en serio la literatura y olvidó que, como dice Pascal, *quien lee demasiado lento o demasiado rápido, no comprende nada*.

Bibliografía

- Barthes, Roland. *Mythologies. Œuvres complètes*, T. I. Paris: Seuil, 2002.
- . *Essais critiques. Œuvres complètes*, T. II. Paris: Seuil, 2002.
- . *Critique et vérité. Œuvres complètes*, T. II. Paris: Seuil, 2002.
- . “L’analyse rhétorique”. *Œuvres complètes*, T. II. Paris: Seuil, 2002.
- . “L’ancienne rhétorique”. *Œuvres complètes*, T. II. Paris: Seuil, 2002.
- . *S/z. Œuvres complètes*, T. III. Paris: Seuil, 2002.
- . “Le retour du poéticien”. *Œuvres complètes*, T. IV. Paris: Seuil, 2002.

---. *Crítica y verdad*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006. Traducción de José Bianco.

---. *La préparation du roman. Cours au Collège de France 1978-79 et 1979-80*. Paris : Seuil, 2015.

Castoriadis, Cornelius. *El psicoanálisis, proyecto y elucidación*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1992. Traducción de Horacio Pons.

De Man, Paul. "Ludwing Binswanger y el problema del yo poético". *Los caminos de la crítica*. Ed. Georges Poulet. Barcelona, Planeta, 1969. Traducción de Gonzalo Suárez Gómez. 65-82.

---. *Allegories of Reading*. Minneapolis: UMP, 1979.

---. *Blindness and Insight. Essays in the Rhetoric of Contemporary Criticism*. Minneapolis: UMP, 1983.

---. "Hipograma e inscripción". *La resistencia a la teoría*. Madrid: Visor, 1990. 47-86. Traducción de Elena Elorriaga y Oriol Francés.

---. "Montaigne y la trascendencia". *Ensayos críticos*. Madrid: Visor, 1996. 83-92. Traducción de Javier Yagüe Bosch.

---. *La ideología estética*. Buenos Aires: Altaya, 1999. Traducción de Manuel Asensi y Mabel Richart.

---. "Roland Barthes y los límites del estructuralismo". *Barthes en cuestión*. Rosario: Nube Negra, 2020. 43-74. Traducción de Leandro Bohnhoff.

Dosse, François. *Histoire du structuralisme I*. Paris: La découverte, 1991.

Empson, William. *Seven Types of Ambiguity*. London: The Hogarth Press, 1984.

Garayalde, Nicolás. "Enseñanza y retórica". *Revista chilena de literatura*. N° 103, 2021. 481-503.

Genette, Gérard. *Figures I*. Paris: Seuil, 1966.

---. *Figures II*. Paris: Seuil, 1969.

---. *Nouveau discours du récit*. Paris: Seuil, 1983.

Miller, Hillis. *The Ethics of Reading*. New York: Columbia University Press, 1987.

---. "The Function of Rhetorical Study at the Present Time". *Theory now and then*. Durham: Durke University Press, 1991. 201-216.

Peeters, Benoît. *Derrida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2013.

Podlubne, Judith. "Visión ciega. El Roland Barthes de Paul de Man". *Barthes en cuestión*. Rosario: Nube Negra, 2020. 7-42.

---. "La tentación de la inteligencia. Paul de Man lee a Roland Barthes". *El taco en la brea*. Año 4, N° 5, 2017. 116-132.

Richards, I. A. *Principles of Literary Criticism*. London: Routledge, 1976.

Shklovski, Victor. "El arte como artificio". *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. Ed. Tzvetan Todorov. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008. 77-98. Traducción de Ana María Nethol.

Todorov, Tzvetan. "Presentación". *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008. 15-27. Traducción de Ana María Nethol.

---. *Critique de la critique*. París: Seuil, 1984.

Warminski, Andrzej. "Alegorías de la referencia". En: Paul de Man. *La ideología estética*. Buenos Aires: Altaya, 1999. 9-52. Traducción de Manuel Asensi y Mabel Richart.